

ser por estar antecedido de un texto algo corporativo que da noticia del porqué de esta publicación de la Universidad Nacional.

2. Cuatro textos desmienten la presunción que sugiere el carácter anodino de dichas presentaciones. Álvaro Pineda Botero, Hernán Lara Zavala, J. E. Jaramillo Zuluaga y Azriel Bibliowicz hablan aquí de los libros *De la barbarie a la imaginación*, de la novela *Camus, la conexión africana*, del volumen de cuentos *Metropolitanas* y del ensayo *Las mujeres de Babel*, respectivamente.
3. Sin querer ser aguafiestas o pecar de resentimiento, ha de saberse que la empresa editorial que nos compete surgió en medio de la enfermedad de R. H., un cáncer que finalmente terminó con su vida. Tiempo después he visto con sorpresa cómo los medios editoriales y las universidades olvidaron hacer lo mismo con el maestro Germán Espinosa, cuya enfermedad y lastimosa soledad terminaron con él en octubre de 2007.
4. “Felino ser que se acaricia él mismo, / cuando parece acariciarnos grata; / siempre con el más digno es más ingrata, / y es el mayor lauro la mejor traición”.
5. Los autores incluidos en este apartado son: José María Carandell, Marcelo Cohen, Julio Olaciregui, Gerardo Mario Goloboff, Rolando Camozzi, Luis Suñén, Robert Saladrigas, Francisco Sánchez, Antoni Munné, Óscar Torres Duque, Darío Jaramillo Agudelo, Hernando Valencia Goelkel, Marié-Madeleine Gladieu, Fernando Cruz Kronfly, Hugo Chaparro Valderrama, Joaquín Marco, Juan Goytisolo, José María Espinosa, Juan Gabriel Vázquez, Gabriel Jiménez Eman, Jaime Mejía Duque, Alexis Márquez Rodríguez, José Balza, Wilfredo H. Corral, Azriel Bibliowicz, Carlos José Reyes y Juan Villoro.

Salmona y la poética del espacio

Tríptico rojo.

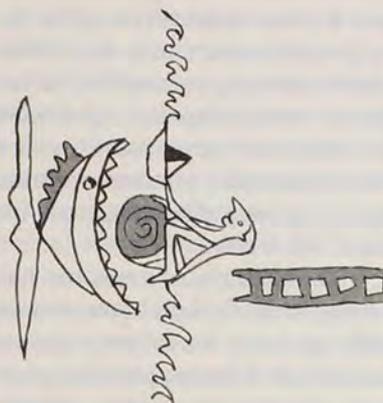
Conversaciones con Rogelio Salmona

Claudia Antonia Arcila

Taurus, Bogotá, 2007, 192 págs., il.

Hay que empezar con una advertencia: quien, al leer *Tríptico rojo*, espere encontrarse con un libro sobre la obra arquitectónica de Rogelio Salmona quedará decepcionado. El libro, incluso, difícilmente puede considerarse como un libro sobre

arquitectura, en sentido estricto. De lo que se trata es de una serie de reflexiones sobre temas sin duda relacionados con la arquitectura, pero también con otros campos de la actividad humana.



Los tres elementos del tríptico son la casa, la ciudad y el paisaje. Las citas de Gaston Bachelard son notables ya desde los dos prólogos —uno escrito por Claudia Antonia Arcila y otro por Juan Manuel Roca—, lo que ya permite pensar que la intención de Claudia Antonia Arcila fue, a partir de una serie de conversaciones con Salmona, hacer algo derivado de la célebre *Poética del espacio*. O de hacer algo que se aproxime a la poesía. El hecho de que un poeta como Roca sea el encargado de escribir uno de los dos prólogos, en lugar de un arquitecto o un teórico de la arquitectura apunta también en esa dirección.

La sección dedicada a la casa empieza con un prelude —de Arcila, no de Salmona— que tiene mucho de delirio místico, en el que se alude a la identificación de la casa —en tanto que templo o tabernáculo— con el cuerpo. La primera casa, según ese arranque delirante, hubiera sido el cuerpo de Adán. Salmona no entra el tema del cuerpo como casa y eso anticipa algo que ocurrirá a lo largo del libro y es que las conversaciones muchas veces parecen ser una especie de diálogo de sordos.

El libro empieza con una pregunta escueta acerca del primer recuerdo de una casa que tiene Salmona y entonces el arquitecto empieza a

hablar del jardín de su infancia. Luego se acaban las preguntas escuetas, casi que se acaban las preguntas, y Arcila se echa un discurso sobre Bachelard y al final menciona la palabra “cuarto”, lo que sirve de punto de partida para que Salmona hable de un cuarto de hotel en el que vivió en París.

Esa especie de discursos paralelos, en lugar del esquema habitual de pregunta-respuesta que suele regir una entrevista, hace que el libro sea entrecortado y tremendamente fragmentario. Por momentos, se plantean ideas interesantes que luego se abandonan. Arcila —que se cura en salud diciendo en su prólogo que el libro no es una larga entrevista sino una breve conversación de muchos instantes— falla como entrevistadora al no repreguntar en momentos claves para mantenerse en un tema y profundizarlo cuando la conversación empieza a abrirse hacia horizontes interesantes.

Hacia la página 44, por ejemplo, Rogelio Salmona declara su interés por las arquitecturas populares y cómo en sus viajes no sólo busca lo monumental sino también las casas sencillas en las que se esconde cierta sabiduría. Arcila, en lugar de detenerse en este tema y tratar de ahondar en ello, se pone proustiana e invita a Salmona a hablar de cómo muchas veces las experiencias del viajero lo devuelven a veces a la ciudad materna. Eso le permite al arquitecto, que trata de volver a las arquitecturas populares, recordar cómo encontró construcciones en Grecia que lo devolvían a construcciones bogotanas.

En todo ese cruce de discursos, se quedan muchas preguntas sin hacer que hubieran podido enriquecer el libro. ¿En qué consiste la sabiduría de las arquitecturas populares de la que habla Salmona? ¿A qué atribuye las similitudes que encuentra entre construcciones griegas y construcciones bogotanas? Sospecho que Claudia Arcila sólo oye a medias a Salmona porque está demasiado ocupada con su propio discurso y por eso no contrapregunta cuando debiera hacerlo.

Hay un momento del libro en el que Salmona hace una alusión muy lúcida a la austeridad de las abadías cistercienses del sur de Francia y la justifica con una explicación que no puedo dejar de ver como una alusión indirecta a algo que pasa en el libro. La arquitectura de las abadías cistercienses es austera porque están hechas para que en ella se expandan los cantos gregorianos. “Si esa arquitectura fuera menos austera —dice Salmona— le estaría quitando protagonismo a la música”.

Arcila, como entrevistadora, tiene de todo menos de austera y sus preguntas e interpolaciones muchas veces parecen dirigidas a quitarle protagonismo a Salmona. Lo que deberían ser preguntas a veces parecen ser fragmentos del borrador de un ensayo inconcluso que ella ha decidido meterle de contrabando al desprevenido lector, amparándose en el nombre y el prestigio de Rogelio Salmona.



Tal vez la manera más provechosa y agradable de leer el libro sea saltarse las preguntas o interpolaciones de Arcila —todo lo que ella dice viene en cursiva— y limitarse a lo que dice Salmona. De esa manera el libro no se salva de su carácter fragmentario, pero el lector sí puede recoger observaciones sueltas del arquitecto que no carecen de interés.

Ya he hablado de dos momentos que me resultaron sugestivos: la referencia a las arquitecturas populares y el comentario sobre las abadías cistercienses. Hay otro momen-

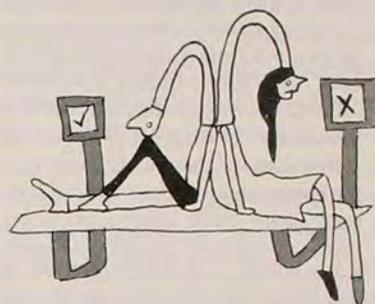
to en que Salmona señala cómo hay dos caminos complementarios para aproximarse a la arquitectura. Si veo una casa familiar, yo conozco mi propia casa, tengo la experiencia de ella y de sus rituales, y puedo establecer analogías y comparaciones. De esa manera, me puedo aproximar a esa arquitectura a partir de mi propia experiencia. Hay otras construcciones, en cambio, de las que no tengo ninguna experiencia directa como construcciones en funcionamiento y entonces, para aproximarme a ellas, tengo que recurrir a la lectura.

Y hay otros muchos motivos. Las habitaciones de hotel son uno de ellos, así como los recursos que ha encontrado Salmona para apropiárselas cuando está en ellas. Con los cuartos de los hoteles en cadena, dice, no hay nada que hacer, allí todo es igual. Otro motivo es el del espíritu de los materiales de construcción, que Salmona se limita a señalar y a constatar cómo la madera, el hormigón, la piedra o el ladrillo generan sensaciones diferentes. Ahí hubiera cabido la pregunta acerca de los motivos de sus propias selecciones de materiales como arquitecto. Pero a esa altura del partido, el lector ya no espera que Arcila haga las preguntas que él se hace y ya se ha dado cuenta de que la presunta entrevistadora está demasiado ocupada consigo misma.

En todo caso, en la mayor parte del libro el Salmona que vemos no es el Salmona que construye edificaciones que se han hecho emblemáticas como el Salmona que recorre espacios —que pueden ser ciudades como Fez, París o Florencia o el desierto del Sahara donde reflexiona sobre la noción de casa de los nómadas— y los llena de significados particulares.

También hay comentarios interesantes sobre la forma como se integra la nueva arquitectura a las ciudades. Para Salmona, lo nuevo tiene que inscribirse dentro de un patrimonio dado e integrarse a él. “Transfigurar, mejorar, pero nunca partir de cero” (pág. 133) dice Salmona y se queja de ciertas obras, que él califica

de “barbaridades”, que se han hecho en el París de los últimos años así como de algunas cosas que han pasado en Barcelona.



Esa relación que la arquitectura tiene con las ciudades es similar a la que, en caso ideal, tiene con el paisaje. “Aunque no siempre se logra, su pretensión es intervenir sin destruir —dice Salmona (pág. 144)—. Se parte de cierta interpretación para volver a crear y cultivar el paisaje”. Salmona parece sugerir que eso se logra en los tiempos griegos y en algunos templos mesoamericanos como el de Pachamac. Donde “se siente ese contacto mágico entre el individuo y el cosmos”.

En general, el libro tiende a perderse en anécdotas u observaciones sueltas. Eso dificulta su lectura y hace difícil que pueda llegar a lectores que no sean devotos de Rogelio Salmona. Para estos últimos, sin embargo, el volumen puede ser un tesoro.

Para terminar, quiero intentar hacerle justicia a Claudia Antonia Arcila. Sus fragmentos de ensayo —a veces me pregunto si fueron realmente parte de las conversaciones o si algunos los incluyó a posteriori— tienen momentos interesantes. Lo que habría que pedirle entonces es que termine el ensayo, lo organice y lo presente como tal. Entonces podría discutirse. Pero no como preguntas para una larga entrevista. La obligación del entrevistador es ser lo más invisible posible.

RODRIGO ZULETA